

Crónica  
*de Córdoba*  
*y sus Pueblos*

XXV



Córdoba, 2019

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales



**Crónica**  
*de Córdoba*  
*y sus Pueblos*  
**XXV**

**Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales**

Diputación de Córdoba, Departamento de Ediciones y Publicaciones

Córdoba, 2019



## **Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales**

### **Crónica de Córdoba y sus Pueblos, XXV**

#### **Consejo de Redacción**

##### **Coordinadores**

Juan Gregorio Nevado Calero

##### **Vocales**

Fernando Leiva Briones

Manuel García Hurtado

Juan P. Gutiérrez García

José Manuel Domínguez Pozo

Manuel Muñoz Rojo

**Edita e Imprime:** Diputación de Córdoba  
Ediciones y Publicaciones.

**Foto Portada:** Vista de Iznájar desde el Sur. Foto de Miguel Gutiérrez Ortiz.

**I.S.B.N. Autor :** 978-84-09-14443-3

**Depósito Legal:** CO 1401-2019



## LA ALDEA DE SAN CALIXTO

**Antonio Ortega Serrano**  
*Cronista Oficial de Hornachuelos*



Vista parcial de la Aldea o Villa de San Calixto

### Fundación de San Calixto

La Fundación de esta aldea o villa se basa y sustenta en las mismas disposiciones de Carlos III para la creación de las “Nuevas Poblaciones de Andalucía”, diferenciándose de aquellas, en que ésta se hacen con familias españolas, de procedencia más o menos cercanas, pero no extranjeros, otorgándoseles a todas aquellas adineradas que puedan acometer estas funciones toda clase de exacciones fiscales, beneficios, incluso la autorización para percibir un diezmo de la población como si fuesen obras realizadas por el Estado, llegándose a establecer la Gracia de conceder título de Barón, si se cumplían las disposiciones de crear este tipo de nuevas poblaciones (La foto que se inserta a la derecha corresponde a D. Francisco Sánchez-Gadeo y Gamero Cívico, 2º Barón de San Calixto).



Al propio tiempo que la aldea, se construyó la Iglesia, solicitada y aprobada como Parroquia por el Obispo de Córdoba don Pedro Antonio de Trevilla. Se inauguró el día 20 de Abril de 1834 bajo el obispado

de don Juan José Bonel y Orbe, concediéndosele el derecho de patronato a don José Sánchez-Gadeo y Subiza Melero, hijo del fundador don Francisco Sánchez-Gadeo y Calvo, que fallece en Granada el día 3 de Septiembre de 1833 que había hecho un testamento privado en San Calixto el 23 de Septiembre de 1832. Nombrándose subdelegado el Intendente, Juez Protector y Conservador al Alcalde Mayor de Peñaflores don Francisco Javier de la Cova.



Esta aldea o villa constaba de tres calles con viviendas de dos plantas a cada lado de la calle, bien edificadas, entre ellas la casa para el cura, el maestro, una posada que habría de servir a los viajeros de y para Extremadura, una muy buena Iglesia e incluso cárcel y pósito. Al principio se establecieron 14 familias que procedían de diferentes pueblos cercanos y alguno de Soria y

Galicia, todos con oficios concretos como se puede apreciar en el Documento de la fundación; copia facilitada por el Excmo. Sr. Marqués de Salinas, que por desgracia se extravió o traspapeló, ya que no se encuentra en los archivos. (En la foto podemos apreciar el Arco y la calle principal en la actualidad de la Aldea de San Calixto)

Por Real Orden de 24 de Noviembre de 1828, se constituyó el Ayuntamiento, dándole un término de ocho leguas de este a Oeste y nueve de Norte a Sur. Linda con los términos de Hornachuelos a cuarto de legua, por el Este con la Puebla de los Infantes a dos leguas, al Sur con el de Constantina a dos leguas, por el NO. con el de Fuenteovejuna y cinco por el Norte con el de Villaviciosa a tres por el NE. y finalmente con el de Posadas a cinco en esta misma dirección.

**En el año 1851, el Ayuntamiento de la villa de San Calixto, siendo Alcalde don Joaquín Muñoz, (antepasado mío) solicitó de la Reina Gobernadora la agregación de este Municipio al de Hornachuelos, incoándose el correspondiente expediente de solicitud, aceptación y cambio de lindes y mojones.<sup>1</sup> La Sierra de Hornachuelos.**

Si observamos el mapa de la provincia de Córdoba, en su parte noroeste, haciendo límite con la provincia de Sevilla, podemos apreciar una extensa zona de color verde grisáceo, exenta de villas, pueblos o aldeas y con dos cuencas fluviales de los ríos Bembézar y Retortillo, ambos afluentes del caudaloso Guadalquivir. Bellísimos parajes pertenecientes a la Sierra de los Santos, estribaciones de la Mariánica o Sierra Morena y concretamente a la Sierra de Hornachuelos. Su situación, tierras y condiciones climáticas y geográficas, la hacen ser considerada como una de las más representativas del bosque mediterráneo continentalizado, con una cierta gradación entre el norte y el sur del término por el incremento de altitud y la disposición del relieve, perpendicular a las masas de aire húmedo del suroeste. La elevación de su orografía, en algunos puntos,

<sup>1</sup> Dato que está incluido en el padrón municipal de la villa de San Calixto de fecha 28 de Febrero de 1851. archivo Municipal de Hornachuelos.



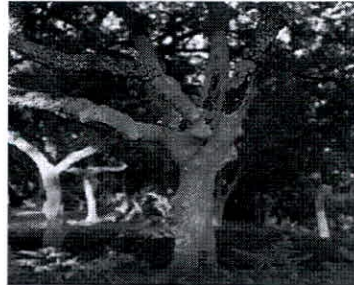
es suave, modulado por la erosión de las aguas y singular la disposición cuasi en paralelo y en sentido noroeste-sureste de sus ondulaciones.

### Su arboleda, vegetación y flora



En las fotografías que insertamos, podemos apreciar las tres variedades de árboles que con más frecuencia podemos encontrar en nuestra sierra. Y por supuesto, es digna de resaltar la conservación de su corteza vegetal, principalmente en alcornoques, encinas y quejigos, confundidos con un conglomerado arbóreo de grandísima extensión, en la que la mayoría de ellos son más que centenarios. Estas arboledas autóctonas de nuestra tierra, son el sustento para grandes manadas de ciervas, venados, jabalíes, rebecos, muflones y cerdos, con los que si hablamos de los primeros

se obtiene una importante base económica y cientos de jornales, con la caza cinegética o las grandes monterías que se organizan y por las que han pasado, personajes regios y de la nobleza, así como grandes monteros de distintas esferas sociales, tanto española con extranjera y, con los últimos, ese sabroso y apetecible jamón de “bellota” o “pata negra”, que tanta fama le da en su conjunto a toda España, entre otras cosas



También debemos tener en cuenta y resaltar las grandes y bellísimas umbrías de sus cuencas, todas ellas cubiertas de monte de cabeza como son: los acebuches, chaparreras, coscojas, madroños, lentiscos o charnecas, cornicabras, brezos, jaras, juagarzos, etcétera. Las frescas riveras del soto, donde se forma un gran conglomerado

de vegetación, de matas y arbustos que crecen bajo los árboles del bosque, donde son más frecuentes los fresnos, los olorosos arrayanes, majuelos, alisos, adelfas y las cistáceas (arrolladores, exuberantes) con sus distintas variantes de jara, arbusto siempre verde de esta familia, con ramas de color pardo rojizo, de uno a dos metros de altura; hojas muy viscosas, opuestas, sentadas, estrechas, lanceoladas, de haz lampiña de color verde oscuro, y envés vellosa, algo blanquecino; flores grandes, pedunculadas, de corola blanca, pero casi siempre con una mancha rojiza en cada uno de los cinco

pétalos, su fruto capsular, globoso, con diez divisiones, en el que conservan las semillas que han de procrearla y muy apetecible de saborear, su color blanco, las hace resaltar sobre los demás arbustos, la mora, láudano, estepa y jaguarzo, sin olvidarnos, aunque sólo sea por su color amarillo brillante en la floración, de la retama y la abulaga, y por su fragancia y olor, el romero, el cantueso, el tomillo, el espliego y la mejorana y por su exquisito sabor en infusiones, el poleo la hierbabuena y otras variedades con rico sabor a menta.

No debe caber duda ni extrañeza, el sabor y majestuosidad de esta situación maravillosa, de paz y sosiego que podemos vivir en este extraordinario vergel de la naturaleza, cuando allá por los años 60, sus Majestades los Reyes belgas, don Balduino y doña Fabiola, decidieron venir a San Calixto a pasar su luna de miel.

### Especies cinegéticas y fauna común

Esta sin igual sierra cordobesa que el Guadalquivir baña al pie de sus estribaciones, entre suaves e irregulares lomas sirven de excepcional cobijo y refugio a una serie de especímenes cinegéticos, especialmente el venado y el jabalí, ambos muy abundantes; piezas autóctonas y representativas de la fauna de estos contornos, algunos corzos, ya prácticamente extinguidos, el lince, que desafortunadamente, lleva el mismo camino que el anterior, el lobo y el zorro común.



Cuando el verano ha sido muy seco y el alimento escasea es frecuente observar manadas muy numerosas de ciervos, a los que se suman incluso algunos jabalíes, que se concentran en los lugares donde en alguna ocasión se les aporta grano para subsistir.

Estos parajes abruptos y desolados permanecieron desérticos (en lo que a población humana se refiere) hasta que fueron descubiertos por hombres que practicaban la soledad y la contemplación eremítica, como lo demuestran los creados por unos solitarios en el cerro de San Miguel, en el que se han encontrado vestigios de un primer desierto, como unas paredes de piedras y una cruz y, posteriormente los Basilios y los Franciscanos, los monasterios de El Tardón, por los primeros, y el de la montaña de los Ángeles por los segundos, y subsiguientemente el de los Cistercienses de Santa María de las Escalonias y el de los Carmelitas Descalzos del Carmen o de los Arenales, más cercanos a Hornachuelos.

### Mateo de la Fuente

Allá por el año 1542, un hombre, ansioso de soledad, lleno de amor y nostalgia, llegó al entonces llamado “Desierto de la Albaida”, ese desierto que andando el tiempo, cantarían Antonio Fernández Grilo en su composición poética a las Ermitas de Córdoba. Aquel hombre no era otro que el hermano Mateo de la Fuente, que había nacido en



1524, en Almiruete cerca de Tomejón, perteneciente al arzobispado de Toledo, sus padres una familia cristiana de buenos labriegos, lo criaron temeroso de Dios, y desde muy niño sobresalía en él su apego a las cosas de la Iglesia, por lo que, ya mozo, marchó a estudiar a Salamanca, donde logró despuntar en las humanidades y que al alcanzar su graduación decidió abrazar la vida monacal y cenobítica.

Allí conoció a un ermitaño ejemplar que vivía en soledad cerca de Salamanca, con el que trabó de inmediato una estrecha amistad y con el que estuvo algún tiempo en compañía, practicando sus mismos piadosos ejercicios. Ello le inclinó poderosamente a la vida solitaria, a la que cada día que pasaba era llamado por Dios, Nuestro Señor, con una vocación muy clara y arraigada.

Antes de tomar una decisión tan importante en su vida, consultó Mateo al P. Domingo de Soto, catedrático jubilado y oráculo de la Universidad salmantina, quien desde hacía mucho tiempo había descubierto en el estudiante Mateo tal fondo de virtud, que sin que él se diera cuenta llegó a amarlo tiernamente y por supuesto animándole a seguir aquellos sus deseos. Del exquisito trato de estos dos varones, el uno santo y el otro santo y docto, sacó por conclusión Mateo que la verdadera felicidad y sabiduría consistía en buscar a Dios sobre todas las cosas, y que, en ninguna parte como en los desiertos, con la oración, labores de manos, mortificación y santificación, puede lograrse. Así que convencido de que su camino estaba bien abonado por tantas prerrogativas positivas decidió desde entonces vivir según las reglas de los monjes o ermitaños del Oriente, donde, en torno a una pequeña iglesia, solían juntarse de diez a trece eremitas y construir una celda de piedra o chamizo para cada uno, que servían de albergue y cobijo a estos penitentes, vestidos de tosco sayal confeccionado de tejido de lana, sencillo y ordinario y que tiene la urdimbre de la trama de estambre, dedicados a la oración, la penitencia y la austeridad, que alternaban con el cultivo de un pequeño huerto para su manutención.

Se ilustró mucho de la vida de los santos solitarios y, meditando sus virtudes, determinó practicarlas. Se informó que en las Sierras de Baza, hacían vida solitaria unos ermitaños allí establecidos y partió para allí desde la ciudad de Tormes donde residía. Su hatillo, unas modestas ropas, una pequeña Biblia y la vida de los antedichos Padres. Una vez en presencia de ellos, pidió con humildad que lo recibieran en su compañía, fue bien recibido, pero no duró mucho en aquella Comunidad. Le desagradaba no trabajar con sus manos para conseguir el sustento diario, y conseguirlo pidiendo limosna y además comprobó que la oración y el recogimiento no era tanto como él deseaba. En vista de ello, decidió adentrarse solitariamente en aquellas montañas, confiando encontrar algún medio en que trabajar compatible con la continuada oración y presencia de Dios.

Aquel hombre desinquieto y emprendedor, andaba en vida tan penitente y santa, aunque lleno, sin embargo, de celos por si se equivocaba o erraba el espíritu de fervor que le movía el propio placer de hacer lo que estaba llevando a cabo. Cierta día, le llegó la noticia de la existencia de un santo varón, el Venerable Maestro Juan de Ávila, su destreza en discernir espíritus, su magisterio de gobernar las almas y sus extraordinarias dotes de ciencia y caridad, que decidió ir en su busca. Llegó a la ciudad de Montilla y nada más llegar se echó a sus pies, pidiéndole le oyese en confesión general. Mateo le abrió su alma, sin ocultarle el menor detalle, así pudo conocer el gran Ministro de Dios, las extraordinarias prendas que el cielo atesoraba en este gran mozo, cuyo solo aspecto, a pesar de sus desaliñadas ropas y su fehaciente pobreza, predisponía a la estimación y



el cariño. No solo aprobó, sino que aconsejó su vocación el Venerable Ávila y le acogió por hijo con una afición y un amor testimonial.

Durante toda su vida guardó el ermitaño Mateo el respeto y devoción al P. Maestro Juan de Ávila, hasta el punto que jamás dio paso alguno sin su orden y consejo. El P. Juan de Ávila le dio a conocer a los Marqueses de Priego y otras devotas personas, las cuales le ayudaron y estimaron durante toda su vida.

Algún tiempo después, muy consolado y fortalecido se despidió Mateo del Venerable Maestro para volver a la soledad de su Sierra, que fue entonces la Albaida de Córdoba donde, en una cueva, pasaba por un ángel. Escuchaba misa en el convento de la *Arrizafa* (actual Arruzafa); bajaba a la ciudad a vender sus cestillas, hortalizas y otras cosas de labranza; se sustentaba con lo que sacaba de ello y jamás pidió limosna.

Por su espíritu de caminante y el deseo de descubrir nuevas sensaciones y a pesar de la gran estimación que encontró en Córdoba, pronto abandonó el Desierto de la Albaida para marchar hacia el poniente a campo traviesa, se adentró en los montes de Sierra Morena atravesando ríos y lugares selváticos habitados por toda clase de alimañas, feroces lobos y reptiles venenosos, sólo con el deseo de encontrar un lugar de la Sierra más de su agrado en que poder cumplir los preceptos de su vocación de solitario y la llamada de Dios. Deambuló así varios días hasta que una vez que había traspasado el río Bembézar, a la altura de una finca llamada actualmente las Mesas, encontró un lugar conocido con el nombre de don Martín, término de la villa de Hornachuelos, lugar aparente de soledad y espesura donde, entre jarales, halló una ermita abandonada, en la que se estableció para continuar su vida de penitencia. A este punto y en ocasión de una de las visitas que el hermano Mateo hizo al Venerable Padre Juan de Ávila, Apóstol de Andalucía, trajo consigo a ruegos del P. Ávila, al joven penitente Diego Vidal que, andando el tiempo, sería sabio y virtuoso maestro y del que más tarde narraremos su biografía.

Después de transcurridos unos meses de permanencia en aquel paraje, decidieron abandonarlo y trasladarse a una cueva junto al río Bembézar, en la que permanecieron hasta que ocurrió una gran crecida del río que les obligó a salir de ella, no sin antes considerar providencial lo que les sucedía y pedir al Señor les iluminase para encontrar un lugar donde poder darle gloria y culto, practicando la vida penitente y solitaria que habían abrazado y escogido por la llamada de Dios.

De nuevo volvieron a caminar a la aventura, subieron por una alta ladera cubierta de frondoso bosque de zarzas y jarales, por donde con dificultad se tenían que abrir paso, y así llegaron, después de recorrer mas de legua y media, a una explanada al pie de un alto monte, con abundancia de agua y exuberante vegetación, poblada de matorrales y multitud de árboles de la flora mediterránea: alcornoques, encinas y quejigos. Lugar completamente inculto, conocido entonces por "el Cardón", nombre que era debido a la gran cantidad de cardos silvestres que allí se criaban y que más tarde, seguramente por corrupción gramatical, llamaron "Tardón", nombre con el que se conocería el convento que los de allí fundaron y que tanta gloria alcanzaría con el correr de los años. ¡Un lugar escogido por Dios y al que los envió, un retiro para alabarlo y servirlo y en el que los dos venerables penitentes construyeron su choza y ermita!

Desde entonces, se puede asegurar como ya había ocurrido en Oriente y en algunos lugares de España, se nutre y robustece la práctica y culto evangélico en ese reino de las cumbres, donde, entre manantiales y frondas, tienen alojamiento las águilas, el ciervo y el jabalí. Por ello sin duda, consideraron don del cielo haber encontrado tan

maravilloso, deleitoso y bello lugar para construir su rústico hábitat, junto a una ermita derruida, bajo la advocación de la Virgen Nuestra Señora de la Sierra, en ella, recomenzaron su vida de oración y penitencia que alternaban, como se ha dicho antes, con el cultivo de la tierra para subvenir sus mínimas necesidades. Unas ramas colocadas sobre los troncos de árboles, y una plancha de corcho por puerta, sirvieron de celdas, y una esquila colgada de un alcornoque servía de campana, despertándoles a la media noche para congregarlos en la oración a la luz de las estrellas o la luna. Tal fama adquirieron los primeros penitentes que pronto comenzaron a acudir muchos hombres desengañados del mundo, algunos guerreros arrepentidos y otros muchos de alta alcurnia y linaje, en solicitud de ser admitidos en la Comunidad.

El hermano Mateo de la Fuente –como ya hemos dicho– contó siempre con el consejo del Venerable P. Ávila, para como siempre, en aquellos casos de dudosa vocación, lo que le llevó en corto tiempo a reunir a casi medio centenar de ermitaños. Aquella experiencia fue la que hizo que el Hermano Mateo se dirigiera al Ayuntamiento de Córdoba, con la súplica de que se les permitiese construir una Iglesia y monasterio. Hecho que consta en los archivos del Ayuntamiento de la referida ciudad en el acta de la reunión del Cabildo celebrada el día 28 de marzo de 1557 que, entre otros extremos, dice lo siguiente: “EREMITORIOS”: En este Ayuntamiento se leyó una petición del Hermano Mateo, ermitaño, en que pide se le dé licencia para que pueda hacer él y otros (hermanos) compañeros, una ermita, donde se les diga Misa, como a tres leguas de Hornachuelos y puedan hacer sus celdas. Vista la dicha petición, Su Señoría su proveyó que los Sres. Corregidor y D. Pedro Muñoz de Godoy y D. Alfonso Gómez de Córdoba, vean la dicha petición y, en nombre de la ciudad, les den licencia para que puedan hacer la dicha ermita, en la forma y orden que solicitan”.

Para el Hermano Mateo y sus hermanos ermitaños, esta concesión les llenó de gozo y acto seguido pusieron manos a la obra: primero edificaron una pobrísima iglesia, cuyas paredes las hicieron con amalgama de tierra y piedra prensada, y su techo cubierto con planchas de corcho que extrajeron de los cientos de alcornocues que poblaban el extenso llano, en su altar una imagen de la Santísima Virgen de la Sierra a la que daban culto y veneración y dedicándole así mismo, un altar a San Miguel, de quien el Hermano Mateo era muy devoto.

Aquellos hermanos fundadores constituían una verdadera Comunidad bajo la sabia dirección de Mateo, quien bajo la dirección del Venerable P. Ávila, les dictó una Regla breve y saludable, gobernándoles con exquisito tacto y gran celo, trabajó con denuedo para proporcionarse alimento con labores de hortelanos, desmonte de tierras para su posterior siembra y pastoreo de ganado.

Al que era obispo de Córdoba, D. Cristóbal de Roxas Sandoval prestaron obediencia los ermitaños, que en recompensa a sus esfuerzos y austera vida monacal ordenó sacerdote a Mateo de la Fuente, confirmándole en el puesto de Hermano Mayor de aquella ermita y ermitaños, a los que hizo objeto de constantes dádivas, multitud de atenciones y frecuentes visitas.

En el capítulo XVI del libro de *“Las Fundaciones”* hace mención de este desierto la Santa de Ávila, hablando del P. Mateo: *“Por estas y otras razones y virtudes debía merecer con Nuestro Señor que le diese luz de lo que era el mundo, para procurar apartarse de él, y así comenzó a pensar qué Orden tomaría, intentando las unas y las otras, en todas había de hallar inconvenientes para su condición según me dijo. Supo que cerca de Sevilla estaban juntos unos ermitaños en un desierto que llamaban del Tardón, teniendo un hombre muy santo por mayor, que llaman el P.*



*Mateo, tenía cada uno una celda aparte, sin decir Oficio Divino, juntándose en un oratorio para oír Misa. No tenían rentas ni recibían limosna, manteniéndose de la labor de sus manos, alimentándose harto pobremente. Parecióme, cuando le vi., el retrato de nuestros santos Padres. En esta manera de vivir estuvo unos ocho años”.*

Informado el Pontífice San Pío V de las grandes virtudes y del género de vida que practicaban, sin duda por referencias que debió darle el General de la Orden de Santo Domingo, cuyo provincial de Andalucía era muy devoto de ellos y aficionado a visitarles, despachó un Breve para que todos los ermitaños de allí viviesen en soledad y obediencia al Obispo, pudiesen constituir Comunidad y elegir cualquiera de las Reglas aprobadas por la Iglesia. En su virtud, acordaron adoptar la Regla de San Basilio, continuando la vida cenobítica que el Padre Mateo fundara, alcanzando tal fama de santidad y virtudes que Santa Teresa de Jesús habla de ellos y del P. Mateo de la Fuente en sus libros *“Las Fundaciones”* y *“Las Moradas”*, citándoles como ejemplo de observancia y buen gobierno.

El trascendental, e inmenso romance legendario, que tuvo lugar en esta selva de la fe en Cristo, cuatro nombres perduran y son perpetuados entre tantos otros ilustres, aureolados por la gloria sus virtudes y milagros: Mateo de la Fuente, fundador; Esteban de Centenares, Diego Vidal y Juan de la Miseria. El P. Fernández Montaña comenta al escribir la vida del Beato Juan de Ávila, diciendo lo siguiente: *“Raro ejemplo de santidad el del P Mateo de la Fuente, que en su profesión, emuló a los Antonios y Paulos. Varón verdaderamente grande, que, guiado por el magisterio del Maestro Ávila, llegó al grado de santidad heroica y mostró cuán universal fue su sabiduría en todos los propósitos de la vida, en todas las sendas de perfección que hay en la Iglesia, cuan diestro cooperador del espíritu divino en el camino por donde llevar a las almas”*

### **El hacimiento de gracias**

Como ya se ha dicho anteriormente, llegó el loor de este vergel a deleitar el ánimo del Santísimo Pío V, el papa de Lepanto, que quiso apoyar con tanto ardor a estos santos varones, que ante el Sacro Colegio Cardenalicio quiso elevar a Dios un hacimiento de gracias, ponderando que, en sus tiempos, tuviese la Iglesia lo que, en otros pasados, fueron la Tebaida y Egipto. En esta sazón despachó –como dice la placa– un Breve para el P. Mateo, en términos de paternal cariño y devoción.

Bajo estas prerrogativas se fundó el venerable convento del Tardón, bajas las directrices del obispo de Córdoba don Cristóbal de Rojas Sandoval (1562-1571), engarzando la vida eremítica con la conventual, y manteniendo igual pobreza y vigor que en los primeros años. Diseño ordinario de Dios: levantar grandes fábricas de pequeños principios y alcanzar grandes cosas. Unas cuevas y cabañas dieron comienzo heroico al Monasterio de Claraval, fundado de la Orden de San Bernardo; y de la humilde choza del Pobrecillo de Asís salió, antes de mudarse a la Porciúncula –Jubileo que se gana el día 2 de agosto en las iglesias y conventos y de la Orden de San Francisco–, la más fecunda familia de la Iglesia.

Fue elegido por los monjes Abad al P. Mateo, quien dio forma a su convento al modo de los de Egipto que pinta San Jerónimo. Para que, con los ejercicios de oración, no faltase nunca el trabajo manual. Enseñó a sus monjes la labor de lana, a hilar, tejer y labrar con tanta maestría los paños que tanta fama daría, andando el tiempo al Tardón, naturalmente sin descuidar los deberes que tenían de cultivar las tierras para conseguir

las cosechas de trigo y cereales que debían obtener para su manutención, incluso tomando a destajo los riegos de los lugares vecinos, lo que repartían entre los pobres. Si sabían de alguna familia necesitada, le enviaban pan y paño, para sustento y abrigo. Así es que, los monjes del Tardón eran venerados como verdaderos santos.

Era tan grande la opinión que se tenía en la Comarca del P. F. Mateo que, cuando el rey Felipe II vino a Córdoba y visitó Hornachuelos, le dijeron de él tantas alabanzas que mando se lo trajeran. Demostró el rey una gran alegría verle y le ofreció si quería alguna cosa. El P. Mateo le respondió que no había menester cosa de esta vida. Por ventura, no pudo decirlo el monarca, en esta parte aventajan los verdaderos pobres de espíritu a los reyes de la tierra. Entonces el rey le contesta con estas palabras: “Padre Mateo, lo que puedo daros y os ofrecía; mirad que tengáis cuidado de encomendarme a Nuestro Señor, me dé gracia para cumplir su santa voluntad y mis obligaciones, y que vuestros monjes hagan lo mismo”. Mostró gusto y porfía de ir a ver el Tardón, y hasta incluso quiso ponerse en camino, más lo estorbó el P. Mateo así por la espereza, como por que los monjes no tuviesen ocasión de envanecimiento al ver que la más grande Majestad de la tierra, acudiera a visitarlos.

Las enfermedades que acuciaron al P. Mateo de la Fuente fueron iguales a sus penitencias. Cierta día con ocasión de hacerse una cura, ya que su quebrantada salud lo demandaba, se trasladó a Montilla, pensando sin duda, más que en sus males, en ver al Maestro de Ávila y gozar de su trato. Pero estando allí ocurrió un hecho que lo llenó de desolación y congoja, estando en esta ciudad le sobrevino la muerte al Maestro, sin duda por especial providencia de Dios. Mateo estuvo a su lado y lo asistió con solicitud fraternal, ayudándole y confortándole en aquel amargo trance, en el que fue tan gran consuelo para el Venerable Maestro Ávila ver en este siervo de Dios los frutos de sus predicaciones y consejos, que le abrazó repetidamente con muestras de tierno cariño. El P. Mateo escribió una carta a sus monjes en su transito, en las que les decía: *“Al P. Maestro Ávila hemos enterrado. Túvelo por gran dicha, por el consuelo que de ello recibió al verme a su cabecera en tiempo de tanta estrechura. Todo se lo debemos a él, así que lo considero don del cielo haber recogido sus últimas palabras y ejemplos, que tanta gloria han de dar a la Iglesia de Dios, después de una vida santa empleada en su servicio”*.

El P. Mateo, que a sus 51 años había llegado a una gran ancianidad, cuando se estaba curando en Hornachuelos, sintió que le llegaba su fin. Envió a un propio con urgencia al Tardón, para que bajaran diez de sus monjes, y consolándose con ellos, exhortándoles a la rigurosa observancia de su Regla, a la caridad de unos con otros, a que conservaran el trabajo de manos, el retiro, la oración, el silencio y como muy especial observancia que cuidaran a los pobres y nunca les abandonaran.

Después de recibir los Santos Sacramentos con celestial unción, restituyó su alma a Dios el 27 de agosto año 1575. Su cuerpo quedó según consta en documentación del archivo de Córdoba, “tratable” e “incorrupto”, notándose un olor suavísimo. Entre rezos y cánticos lo llevaron los monjes al convento, donde fue enterrado en el muro del altar mayor, con gran devoción.

Llegó a tener este Monasterio del Tardón tal fama en España, que reunió a más de cien monjes, -como ya se dijo-, continuando la estrecha observancia de sus fundadores y siendo ejemplo admirable de heroicas virtudes hasta la exclaustración, ocurrida, como más adelante veremos en 1808. Siendo esta la primera modalidad de los basilios en España.



### **El P. Bernardo de la Cruz**

La segunda correspondió al P. Bernardo de la Cruz, sacerdote secular de origen montillano, quien consiguió reunir en la provincia de Jaén, junto a los márgenes de un afluente secundario del Guadalquivir llamado río Oviedo, a un grupo de fieles entusiastas de la vida de los ermitaños. Adoptaron las reglas de San Basilio, y así se estableció el monasterio, bajo el nombre de Nuestra Señora de Oviedo o Celdas de Oviedo.

### **El P. Francisco Aguilar de Loasia**

La tercera modelación basiliana corrió a cargo del sacerdote vallisoletano Francisco Aguilar de Loasia, que estando en Roma con la idea de realizar la fundación de una congregación de ermitaños, comprobó las dificultades con las que chocaban sus propósitos, entonces se acogió a la vida religiosa de los monjes basilios, poniéndose bajo las disposiciones del monasterio italiano de Grottaferrata.

Estos dos eremitas aunque siguieron las Reglas de la Orden de San Basilio, no llegaron a pasar por el Tardón, pero justo es que se haga reseña de ellos, ya que tuvieron un papel primordial en la citada Orden.

En la provincia de Córdoba además del monasterio que nos ocupa del Tardón, los basilios tuvieron dos centros más como el de Nuestra Señora de Gracia, en Posadas, y el colegio de Nuestra Señora de la Paz en Córdoba.

Según el catálogo del Marqués de Ensenada (1750-1752) el número de monjes basilianos de la provincia en Andalucía era de 170, de ellos 36 en Córdoba y 24 en Posadas. Las discrepancias fueron acelerando su decadencia. La invasión francesa y la guerra de la Independencia dejaron a sus monasterios prácticamente arrasados o desiertos. El punto final lo puso en 1835 la desamortización de Mendizábal, que acabó definitivamente en España con la orden de los Basilios.

### **El P. Esteban de Centenares**

Siguiendo con el relato y la vida de algunos de los hombres ejemplares que pasaron por el desierto del Tardón, nos encontramos con el P. Esteban de Centenares, otra flor de santidad de este Monasterio, varón ejemplarísimo, muy conocido por sus heroicas virtudes en Andalucía, donde fue uno de los más apreciados y queridos discípulos del Venerable Maestro Juan de Ávila, según cuenta el P. Fernández Montaña, como nació en el año 1500 en Ciudad Rodrigo, en el seno de una familia de la más alta alcurnia, perteneciente al linaje de los Centenares y Pachecos, considerada como de la primera nobleza castellana. De niño fue paje del rey D. Fernando el Católico, pero ya mozo sintió la llamada de la Iglesia, donde sobresalió por su ciencia en Sagradas Letras, de las que impartió clase como Maestro en Salamanca. Movido por particular luz, determinó emplear sus grandes dotes en servicio sólo de Dios y de las almas y abandonar su prebenda y canonjía. Creyendo que haría un mejor servicio a la Iglesia, decidió trasladarse a las Indias a predicar a los infieles la doctrina de Cristo. Así que se trasladó a Sevilla donde habló al Venerable Juan de Ávila, a quien comunicó sus propósitos y pidió consejo.



El Venerable P. Ávila escuchó sus propósitos y le instó a que desechase la idea de marchar a las Indias, recomendándole que en España hallaría donde ejercitar su celo y se aquietase hasta conocer la Voluntad de Dios. Abandonó pues, la idea de marchar a las Indias y se alistó en la escuela del Maestro Ávila. Durante el tiempo que estuvo en su compañía gozando de su doctrina, fue un ejemplo vivo de extraordinaria santidad y ciencia. Llegó a tener gran fama de consumado teólogo, que unida a sus virtudes, le permitía aspirar a los más honrosos puestos, tuvo noticias de que en gran parte de Sierra Morena, del Obispado de Córdoba, habitaban cabreros, colmeneros, cazadores, pastores y otras gentes poco menos que bárbaras, sin asistencia espiritual alguna y faltos de Sacramentos, incluso muchos de ellos no habían sido Bautizados. Comprendiendo el estado de estos desafortunados habitantes, entendió que estas eran las Indias a que le llamaba Dios.

Ayudado por la Marquesa de Priego y siempre de acuerdo con el santo Juan de Ávila, que intercedieron ante al Obispo para que éste lo enviase a algún sitio donde pudiera abrazar la vida solitaria y cenóbica. Así que lo pusieron en contacto con el P. Mateo de la Fuente, al que se unió sin titubeos. Juntos edificaron en aquella serranía, iglesia y ermitas, con el Santísimo y pila de bautismo; decían Misa, confesaban, enseñaban la doctrina, con frutos admirables; bautizaban a los hijos de aquella rústica gente, todo tan sin interés y con santo celo, que a ellos acudían de los contornos a las fiestas y los solicitaban de muchas partes.

El P. Centenares, perseveró durante más de 30 años llevando este género de vida tan heroica y de tan grande merecimiento, en la que juntó los dos grados más excelentes de la Iglesia: la vida solitaria de recogimiento y austeridad y los ministerios apostólicos. Así vivió el santo anacoreta, recogido en la soledad del Tardón, en la que gastaba la mayor parte del tiempo en oración y contemplación altísima, unas veces inmerso en los libros, otras en los ejercicios de trabajo de manos y en muchas ocasiones hablando con los animalillos del campo. Poseía junto a su ermita, como los demás, un huerto que cultivaba con esmero. Alcanzando aquella limpia y pura tranquilidad de alma y aquel candor de ánimo de los antiguos Padres del Desierto.

Pudieron muchas veces verlo jugar con los peces de los ríos, que se les venían a las manos halagados, volviéndolos al agua, sin que ninguno se hallase burlado, ni lo tomase jamás para sustento, con las águilas pescadoras, los ruiseñores de los tarajales y las oropéndolas de las alamedas, a los conejillos, que a veces, comían de lo que tenía sembrado en su huerto, sólo los aprisionaba con unas varas y, riéndole, les dejaba libres, mandándoles como si le entendieran que no volviesen más. Los animalillos le obedecían, pues ninguno de aquella especie volvía.

En las fiestas decía Misas, caminando leguas con una sed insaciable de almas, predicaba y enseñaba a las gentes de la sierra, bautizaba a los niños, les instruían en la doctrina cristiana, les daba pláticas, tan llenas de fervor y unción después del ofertorio, que le vieron muchas veces levantando del suelo media vara, según consta en el archivo de Córdoba. En las Misas administraba los Sacramentos, sin cuidado de las horas ni de los riesgos, con amorosa solicitud; y sucedió que, una noche muy oscura, llamaron a deshora a la puerta de su ermita y, recelando que fuesen ladrones, rehusaba abrirles, más vencido de la porfía de los que llamaban, salió a ellos, se encontró con dos mancebos de hermosísimo rostro y figura con dos antorchas resplandecientes en las manos. Con una sonrisa angelical, le dijeron que tomase el Santísimo Sacramento, para administrar el Viático a un enfermo y se fuese con ellos. Lo precedieron los mancebos con las antorchas encendidas, acompañando al Señor por aquella soledad y asperezas, como si

fuesen por campo llano. Al fin llegaron a la choza del enfermo, al que confesó el P. Centenares, dándole el Santo Viático y preparándole a bien morir, después de lo cual acabó el cabrero su vida dichosamente. Los mancebos le devolvieron a la ermita, con la luz y guía que le habían llevado y, como después de poner el Santísimo en su Custodia, saliese el P. Centenares para darles las gracias, no los halló, ni tan siquiera resplandor de las antorchas. Habían desaparecido súbitamente sin dejar rastro.

El P. Centenares, estuvo el resto de la noche sin poder conciliar el sueño pensando en el hecho que le había ocurrido, por lo que a la mañana siguiente se dispuso a escribir al Venerable Maestro de Ávila, cuando éste le contestó la carta en la misiva recibida le decía: ***“Hermano Centenares: no tiene que dudar, que los mancebos que la tal noche le acompañaron eran ángeles, de los que asisten al santísimo Sacramento”***. Tuvo, pues, el santo de Ávila, revelación divina de este suceso, así certifica que sucedió el P. Martín de la Rosa S. I. en el libro del ***“Ángel de la Guarda”***, en el capítulo IX del libro III. Y en el capítulo XV del mismo libro, refiere que viendo una noche también el P. Centenares con su compañero (dicen lo era entonces el P. Alonso de Molina) de ejercitar sus misterios, muy necesitados ambos de sustento y refresco, se encontraron con la mesa puesta en su celda, con una perdiz bien aderezada, pan blanco y vino generoso, donde a la ocasión no tenía ni aun dejado prevenida cosa alguna, ellos habían dejado la puerta de la celda bien cerrada con llave echada y guardada en sus bolsillos. Con lo que reconocieron ser beneficio del cielo lo que tenían sobre la mesa, lo comieron con gran gozo, no con el deseo de saciar su apetito, sino como hacimiento de gracias. Todas estas demostraciones y otras más fueron con las que quiso aprobar y premiar Dios los nobles empleos de este varón ocupado en vida tan santa de servirle.

Este comportamiento de vida dedicada por entero y en cuerpo y alma al prójimo, sucedió que estos hechos llegaron al Obispo de Ciudad Rodrigo y, los diocesanos, que tenían grandes noticias de las virtudes del P. Centenares, pidieran al Rey Prudente se lo diesen como Obispo, en lo que vino en conceder con gran satisfacción y facilidad el Monarca, mas al recibir la cédula el santo anacoreta, se apresuró a agradecer la merced, excusándose respetuosamente y diciendo al rey, que como estaba acostumbrado a vivir entre soledad y entre breñas, no apetecía dignidad alguna y, además estaba seguro, no servir para desempeñarla. Para quien había decidido y saboreado dedicar su vida a la soledad y quietud en el servicio a Dios y los necesitados, en aquel desierto, resultó harto fácil rechazar una dignidad que juzgó inaguantable, puesto que le obligaba a servir en el ruido y bullicio de las ciudades, halagado y obedecido, no era buen oficio para él, que estaba acostumbrado a obedecer.

Después de aquello quiso Dios coronar esta vida, tan grata a sus divinos ojos, con un remate felicísimo. El P. Mateo de la Fuente, había muerto en San Basilio del Tardón del que era abad, como antes se ha dicho, y sujeto del elogio que antecede, los monjes desconsolados pidieron al Arzobispo de Sevilla, Monseñor Cristóbal Roxas, que lo había sido de Córdoba y amaba y estimaba grandemente al santo Centenares, que le nombrase superior del Tardón. El señor Arzobispo en noviembre del año 1575, envió el nombramiento, más como tampoco quiso aceptarlo, uno de los monjes le dijo para animarle: ***“Mire, P. Centenares, lo que puede hacer es decir en la Profesión que no vino a ser Prelado sino a obedecer”***; a lo cual, el P. Centenares contestó: ***“No digas más, no digas más, dísteme la vida”***. Estas palabras demuestran la seguridad y candor que había en su alma, como si bastara decir aquello para no considerarse Prelado.

El día 18 de mayo del año 1589, catorce años después de aquellos acontecimientos, fue llamado por nuestro Señor para recibir el premio de sus trabajos,



contando a la sazón 79 años de edad y sin que le aquejara enfermedad alguna. Naturalmente había muerto, después de decir tres o cuatro días antes Misa y habiendo recibido los Santos Sacramentos con igual paz, humildad y tranquilidad con que había vivido. Los monjes lloraron su tránsito y, llenando de flores sus reliquias, las besaron piadosamente antes de darle sepultura. El P. Esteban de Centenares, dejó tal sensación de santo por toda la sierra que, después de su muerte se sucedieron como en vida, casos maravillosos y hechos que se relacionaban con sus heroicas virtudes.

### **El P. Fray Diego Vidal**

Por las razones que narraremos a continuación, le debemos dar lugar en este relato al P. Fray Diego Vidal, de la misma Orden de San Basilio, en aquel lugar deshabitado Desierto del Tardón, y, como los anteriores, discípulo del Maestro de Ávila, de quien fue su familiar y secretario. Fue tan fecunda la vida del P. Vidal, que no hubo persona que tratase con él, que no resultase prendida de su singular virtud de santidad.

Este santo varón extremeño había nacido en Villafranca, cerca de Zafra, desde donde, mozo aún, pasó primero por Alcalá de Henares y luego por Salamanca en su estudio de humanidades. Nada más llegar a esta última, compró un libro que le ofreció el librero sobre “el arte de servir a Dios”. Le agradó tanto el título que lo adquirió sin titubear y sin que necesitase demasiada porfía por parte del librero. Tras hojearlo un poco, respondió: “En verdad, señor, que me va mejor esta “arte” que el que buscaba, que si por este libro puedo aprender a servir a Dios, ¿para qué quiero otra ciencia?”. Terminada su lectura y releído en varias de sus partes, comenzó a poner empeño en la práctica de lo que había interpretado con tanto empeño, que pronto comenzó a darle sus frutos. Primero se dio a la penitencia, oración y mortificación, dirigiendo todas sus obras, por pequeñas que estas fuesen, a agradecer a Dios, tal y como el libro enseñaba.

El gusto por otros estudios que le divirtiesen quedaba aparcado, ya que el sabor y la sensación agradable que recibía con el camino tomado de servir al Creador anulaba cualquier otra. Pronto dejó Salamanca para ir en peregrinación a Santiago de Compostela, en el viaje se le quebrantaron las fuerzas ya que su salud se había debilitado, pero se acrecentaron y multiplicaron las del alma por el deseo de servicio a Dios y al prójimo.

Dispuesto a seguir el impulso divino y la gran luz que le guiaba a hacer vida cenobítica y solitaria, se dirigió a Sierra Morena, donde se aposentó cerca de un monasterio de cartujos, próximos a la Sierra de Cazalla, construyó, en lugar bien áspero, una choza, donde pasaba en oración, contemplación y otros santos ejercicios. Solía acudir al Monasterio de los hijos de San Bruno donde confesaba y comulgaba y los religiosos, viéndole tan lleno de virtudes, le atendían con lo necesario. Pero como tenía la inquietud y el deseo de mayor soledad, a imitación de los antiguos Padres, que andaban siempre con ansía de mayor retiro, se marchó a una dehesa del Conde de Palma, que llamaban Alcornocal, donde, viviendo en una cueva, continuó sus ejercicios. Desde allí se trasladaba a escuchar Misa al convento de San Luis, de la Orden de San Francisco y, durante el camino, cantaba salmos, con lo que aprendió el Salterio. Dicha virtud, no pudo estar por mucho tiempo oculta y, el Conde de Palma, le ofreció su generosa ayuda y, tras larga porfía, logró sólo que aceptase el pan de cada día, sin consentir más ración ni alimento. Prendado el Conde de sus dotes, intentó persuadirle para que estudiase, ya que su edad y talentos podían dar tanta gloria a la Religión y a la

Patria, al final lo convenció para que se trasladase a Osuna, con cartas de presentación y encomio a su prima la Condesa de Ureña. Esta señora le favoreció mucho, pero él nunca consintió aceptar nada, ni tan siquiera libros que deseó regalarle para que siguiese su afición a las letras, para las que demostraba una extraordinaria disposición y talento. Siempre le contestaba Fray Diego que a él, con su famoso libro le bastaba y para el buen servicio a Dios no necesitaba saber más. Y a fe, que para ello, no le faltaba la razón.

Por este tiempo era muy extendida en Andalucía, como hemos dicho anteriormente, la fama del Venerable Maestro de Ávila, por lo que Diego, como otros tantos, le pareció oportuno visitarlo, ya que él, como nadie, podría aconsejarle y sacarle de las dudas que pudiese tener. Se puso en camino, y ya junto a él le descubrió su conciencia, exponiéndole sus deseos y demandándole devotamente su consejo. Diego, deseaba que el Maestro le guiase en como emplear su vida del modo que más podría agradar a Dios. Y así, se puso por entero en sus manos, nada más llegar. El Venerable Ávila, demostró gran contento y, convencido de las grandes virtudes del mozo extremeño, le aconsejó que quedase en su casa y compañía. Desde el primer día lo ocupaba en múltiples quehaceres, muy particularmente en escribir cartas, para lo que tanta disposición mostraba. Según palabras textuales del P. Montaña. ***“Muchas de las que hay impresas se han escrito de su mano”***. En tal posada se hallaba muy bien hospedado Diego, a tal punto, que con las enseñanzas que estaba recibiendo, apenas si hojeaba su predilecto libro de Salamanca, sólo se dedicaba a considerar la vida y virtudes del Maestro, que era arte vivo de servir a Dios. Mucho aprendió de esta gran experiencia, de este nuevo libro, que tan docto le hizo en la facultad que tanto deseo tenía en profesar.

Ya había pasado más de un año en compañía del Venerable Maestro, quien le detenía, por ventura para Diego, a su lado, viendo las medras de su alma. Por lo que con agrado, dilataba el tomar la resolución de si habría de volver a la soledad que tanto apetecía y para lo que el Maestro no era demasiado propicio, no tanto por gozar con sus virtudes, cuánto su poca salud y poca complexión, el P. Ávila, cuando le miraba con admiración y cariño, se podía ver en sus ojos una señal inequívoca de preocupación.

Cierto día quiso expresar al Venerable una tentación que tenía y, que no le dejaba dormir, y él con el cariño que le profesaba, le dijo: ***“Idos a acostar y mirad que os mando que durmáis”***. En la primera ocasión que el P. Mateo de la Fuente, como muchas veces, iba a comunicar su alma con el Venerable Maestro, éste le pidió que se llevase con él a Diego Vidal. Lo que hizo encantado, después de escuchar de boca del Maestro las virtudes de aquel mozo, llevándolo a aquellas asperezas de S. Martín, de donde, por las causas que dijimos y las razones que apuntamos antes, pasaron a habitar aquellas cuevas de Nuestra Señora de la Sierra, que estaban a legua y media del Tardón. Diego, gozaba de la doctrina del Padre Mateo y le llenaban el corazón de amor escuchando aquellas palabras y coloquios, forjados en el espíritu del cielo, y la caridad le movía a hacer partícipe de tan alta vida y ocupación a otros, que andaban solícitos de unirse al P. Mateo. Cierta día le dijo a éste que no consideraba lícito gozar tanto a solas, a lo que el santo Mateo contestó: ***“Vámoslo a consultar con el Maestro Ávila y, si él dijere que los recibamos, lo haré, más si no, se despidan, que yo soy llamado para solitario”***. Partieron los dos y consultaron a aquel oráculo del cielo. Él sin titubear contestó que Diego tenía razón, que si por su medio querían salvarse aquellas almas, practicando tan gran género de vida, no los despidiesen, con lo que volvieron grandemente satisfechos nuestros ermitaños y, algún tiempo después, se pobló aquel yermo, cual el de Nitria en Egipto, tal y como hemos referido anteriormente.



Diego Vidal, se construyó su celda en la falda de un cerro que hay al pasar donde estaba ubicado el Monasterio. Fue de los más fervorosos ermitaños; sus ejercicios y virtudes, su traje, comida, trató siempre de asemejarlas a las del santo P. Mateo, con quien, como más antiguo, gozó en mayor intimidad de su comunicación y amor. Trabajaba durante el día, oraba de noche, labraba su huerto, recogía su trigo y jamás pidió limosna. El santo Maestro de Ávila, con quien registraba cuando pasaba en aquella soledad, los gobernaba y allí encaminaban muchas almas, regando con su doctrina estas plantas, que tan colmado fruto habrían de dar en un tiempo no muy lejano.

Un día que estaban en oración los ermitaños, que se entiende que fuese el P. Vidal, vio venir un bello joven vestido de saco, que caminaba hacía el oratorio o Iglesia y que decidieron preguntarle quien era, el joven dijo ser el Arcángel San Miguel, que venia a ayudar a los ermitaños y que él tenía su especial protección y amparo para perseverar en vida tan grata a los ojos de Dios y que se erigía en protector y mediador de cuantos habitaban en el yermo. Tal suceso demostró después la verdad de esta visión (que el P. Montaña refiere en el capítulo VII, página 422, tomo segundo de la vida del Buen Juan de Ávila).

Por ello hizo que los ermitaños dedicasen al Príncipe de la celestial milicia una ermita en lo alto del cerro, el que ya dijimos y que, en nuestros días, se denomina de San Miguel, de donde recibió el nombre una de las fincas que en la actualidad forma, con los Peñones y Chamiceros (propiedad años después de los monjes) el conjunto de San Calixto. Me permitirán que más adelante hable con más extensión del por qué de haber perdido lo que fue Monasterio del Tardón tan antiguo y sugestivo nombre, legado en la tradición de esta sierra y en la historia misma de las Ordenes religiosas de nuestra Patria, en la que el Monasterio del Tardón, por tantas razones, incluso la de haber sido el único que, por la Bula del Santo Pontífice Pío V, según ya se mencionó, observó la primitiva Regla de San Basilio, mereció ocupar lugar tan destacado y ser objeto de obligada consideración, conservando su nombre para ejemplo y recuerdo de las generaciones futuras. Por si alguien desea comprobarlo, aún se conservan en lo más alto del cerro de San Miguel, las ruinas de aquella ermita que la piedad de los monjes levantaron en honor al Arcángel Protector, a la que solía retirarse alguno de los eremitas, en determinadas épocas, para hacer más dura su penitencia, con ser tanta la observada en el monasterio, el estar sólo y a merced de muchas alimañas, lo consideraban superior.

A la muerte del Padre Centenares, los monjes eligieron por Abad al P. Fray Diego Vidal, ejemplo según hemos podido comprobar, de tan especiales virtudes y tan continuo en la oración que, siempre que le buscaban los religiosos, le encontraban de rodillas, fuese cualquier hora de la noche, sin que jamás le hallasen acostado. Fue siempre un verdadero padre para sus monjes; cualquier cosa que a él le pidiesen, la concedía graciosamente y con los necesitados que a él acudían, era tan desprendido que, no estorbándolo la obediencia, llegaba hasta quitarla de su cuerpo para darla, más de una vez, sus monjes lo encontraron por los pasillos descalzo, porque había dado sus sandalias, murmurando que "A los Prelados nunca les faltaría". Observó y conservó hasta el fin igual género de vida y una observancia rigurosa y regular ejemplo, siguiendo fiel a aquel su Maestro y fundador, el P. Mateo de la Fuente, que tanto llegó a venerar.

Cuando había alcanzado los 74 años de edad, un 7 de junio, entregó el alma con la que había servido tan dignamente a Dios. Llegó a ser el primer Provincial de su



Orden en España, y la fama de sus virtudes corrió por Andalucía, obrándose por su intercesión muchos prodigios, hasta el punto de acudir al Tardón devotos de los más remotos rincones para venerar sus reliquias, las cuales se guardan como prenda preciosa y don del cielo, junto con las de aquellos dos santos varones Mateo de la Fuente y Esteban de Centenares, en una sepultura ubicada en el hueco del altar mayor del Convento del Tardón, con particular y feliz acuerdo que a los que juntó un mismo espíritu en la tierra, reunidos en un mismo monumento, esperen la última resurrección, ya que los tres gozan de Dios en el cielo, en premio de tantas virtudes y gloriosas vidas entregadas a su servicio.

### **El Hermano Juan de la Miseria**

Otro de los discípulos del Venerable Mateo de la Fuente, fue el celebre Juan de la Miseria, el cual desde el Tardón pasó a Sevilla, donde vivió en la Ermita de San Onofre; frente al convento de San Jerónimo de Buenavista, entre la Algaba y Sevilla; con su compañero el hermano Ambrosio, abogado napolitano; que había sido comisionado de Felipe II en 1561, para estudiar la navegación del Guadalquivir. Profesaron ambos el año 1569 en los Carmelitas Descalzos de Pastrana, volviendo a Sevilla, donde se dio la simpática anécdota con Santa Teresa de Jesús, que cuando fue pintada por el ya Padre Juan de la Miseria, al terminar el cuadro, hizo exclamar a la santa: *“¡Que Dios le perdone Padre Juan, porque al final me ha pintado fea y legañosa!”*.

El Padre Juan de la Miseria, se incorporó de pleno a aquel Convento al que estuvo vinculado hasta su muerte.

Sin duda, fue designio de Dios, al salvar las ruinas de su Iglesia del Tardón -hoy Convento de las Carmelitas Descalzas de Nuestra Señora de Sierra en San Calixto-, evitar que estas sagradas reliquias no quedasen en el abandono y olvido, -como tantas otras que es mejor no recordar- en que yacían al llegar a nuestras manos. ¡Que la protección de estos tres venerables nos asista siempre y nos haga un lugar en ese cielo del que ellos participan!

### **El venerable Juan de Ávila “El apóstol de Andalucía”**

Es de obligado cumplimiento que volvamos a hablar del venerable Maestro San Juan de Ávila, que en buena parte fue copartícipe, alentando y aconsejando a los santos varones que llevaron a feliz término el establecimiento del emblemático Monasterio del Tardón en San Calixto, sito en la maravillosa Sierra Hornachuelos. Nació el año 1505 en Almodóvar del Campo (Ciudad Real). Y como es nuestro deseo, contar lo más fehaciente posible la historia, leyenda o misterio del Tardón, justo es que a grandes rasgos, narremos la vida del que fuese llamado “El Apóstol de Andalucía”, el Bienhechor y el Venerable Maestro. Resultado de su elocuencia y unción fueron las conversaciones de San Francisco de Borja, la resolución benéfica de San Juan de Dios y la vocación de Santa Teresa. Sus esclarecidos méritos, no le libraron de ser acusado ante la Inquisición, si bien su probada inocencia le libró de la cárcel. Sus tratados más famosos son: **Del conocimiento de sí mismo, De la oración, Del Santísimo Sacramento, Reformación del estado eclesiástico, Anotaciones del Concilio de Trento, y, especialmente, su Epistolario**. Sus sermones, desgraciadamente no los podemos gozar nosotros, pues todos fueron improvisados y ninguno dejó escrito. *El*

*Epistolario* fue traducido al italiano y francés. Han trazado su biografía: Fray Luis de Granada (1588), Juan Díaz (1595), Martín Ruiz (1618) y Luis Muñoz (1635) entre otros.

Juan era hijo de una familia de clase media acomodada, así que cuando tuvo edad de ello, su padre lo envió a estudiar a Salamanca y después a Alcalá de Henares, en ambas universidades estudió teología y humanidades y a la muerte de sus padres, repartió los bienes de su herencia entre los pobres y se ordenó sacerdote. Quiso marcharse a las Indias, como la mayoría de los que desearon impartir sus enseñanzas y predicar la palabra de Cristo, pero el Arzobispo de Sevilla le disuadió de su proyecto, indicándole que aquí en Andalucía podría desarrollar esa santa misión. Si retrocedemos un poco en el tiempo, podemos comprobar que eso mismo le ocurrió al P. Esteban de Centenares con el Venerable Maestro de Ávila, los hechos se asemejan tanto que hasta son coincidentes. Por esta razón, creo que sería la causa de que lo quisiera retener a su lado durante largo tiempo y que por él sintiese una especial predilección llegando a ser uno de sus más apreciados discípulos.

Juan de Ávila, se consagró a la predicación con tal celo, que sus sermones llegaron a los confines más recónditos y apartados de España por lo que, San Ignacio de Loyola le pidió como tantos otros que fuese su consejero.

Su misticismo era muy activo, ya que para él la contemplación no tenía valor si no se traducía en obras humanas y sociales hacia sus semejantes, y naturalmente a la Santa Iglesia y a Su Dios. Sus escritos se caracterizaron por su tono paternal y bondadoso, como se aprecia en el tratado *Audi, filia*, dirigido a doña Sancha de Carrillo hija de los señores de Guadalcázar, además de los anteriormente citados.

La mayor parte de su vida religiosa la pasó en Montilla, desde donde dirigió con sabía mano a muchos de los santos varones que decidieron abrazar la vida monacal y cenobítica. Para él y como reza en un azulejo-mural en la fachada del pequeño atrio de la Iglesia de San Calixto, encabezado por una frase bíblica en latín, que lo más importante en la vida de un hombre es "BONITATEM ET DISCIPLINAM ET SCIENTIAM DOCE ME", que significa: "Enséñame en la Bondad y la Obediencia". Y esta fue la observancia con la que vivió hasta su muerte, la misma que les inculcó al P. Mateo de la Fuente, al P. Esteban de Centenares, al P. Fray Diego Vidal, al P. Andrés de las Roelas, y tantos otros que pidieron su consejo y su venerable sabiduría. También pasaron por el Tardón los carmelitas P. Ambrosio Mariano y Fray Juan de la Miseria.

Y como ya se ha dicho, el bienhechor Juan de Ávila, murió, como informa una lápida, en la casa número 6 de la calle de la Paz en la ciudad de Montilla (Córdoba), el día 10 de Mayo de 1569.

Y hasta aquí la historia, leyenda o misterio del Desierto del Tardón en Hornachuelos, y la de una aldea, San Calixto, que fue testigo directo de los acontecimientos que se han narrado, para conocimiento de muchas personas que no han tenido la posibilidad de vivirlos, e incluso de no poder disfrutar de la belleza, el sabor y el silencio que se puede gozar en un lugar tan maravilloso como este, impregnado de olores de pureza y virtudes.









**Ilustre Asociación Provincial Cordobesa  
de Cronistas Oficiales**

